Inhibits + ilustraciones a color!

Flirt



Núm. 19.

30 cts.

Dibujo de **PENAGOS**

PRENSA POPULAR

Calvo Asensio, 3. - Madrid.
- Apartado 8.008 -

SE PUBLICA LOS JUEVES

Madrid 15 de Junio de 1922.
Año I. - Número 19.

SUMARIO DE TRABAJOS PUBLICADOS EN ESTA REVISTA, POR AUTORES, MATERIAS Y NUMEROS

LINARES RIVAS: «La nueva psicología del amor», números 1-3-4-5-7-10-17.—ALBERTO INSUA: «Los pecados sin perdón», números 1 al 14-16-17-18.—CRISTOBAL DE CASTRO: «Estampas galantes», números 8-10-13. «Los clásicos del amor», números 9-11-17.—EMILIO CARRERE: 3-13-14-15-16-17.—BELDA: «Una novela tachada por la censura», números 1 al 15. «Enseñanza superior», números 17-18.—RETANA: «Aventuras de una criada para todo», números 1 al 18.

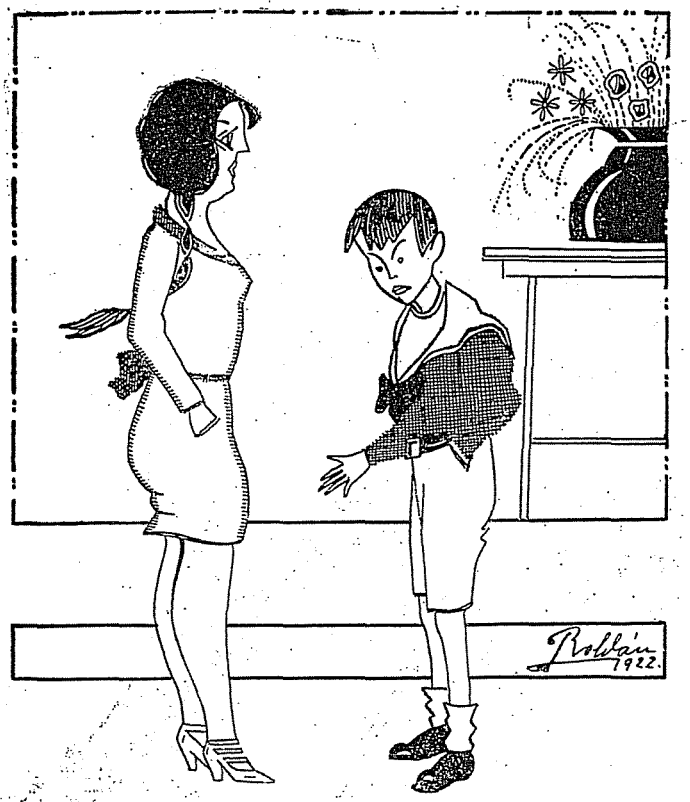
También han publicado numerosos e interesantísimos trabajos: PEDRO DE REPIDE.—FERNANDEZ FLOREZ.—PEREZ ZUÑIGA.—GARCIA SANCHIZ.—GONZALEZ BLANCO.—EUGENIO NOEL.—GOMEZ DE LA SERNA.—CANSINOS-ASSENS.—HERNANDEZ CATA.—ANTON DEL OLMET.—TOMAS BORRAS.—DIEZ DE TEJADA.—VARGAS VILA.—RAMIREZ ANGEL etc.

DIBUJANTES:

FEDERICO RIBAS con sus maravillosos dibujos de mujeres. RAFAEL PENAGOS, OCHOA, VERCHER, ANTEQUERA AZPIRI, han avalorado con sus firmas ilustres las páginas de esta Revista, como asimismo caricaturistas del prestigio de MANUEL TOVAR, TITO, ROBLEDANO, etcétera, etc.

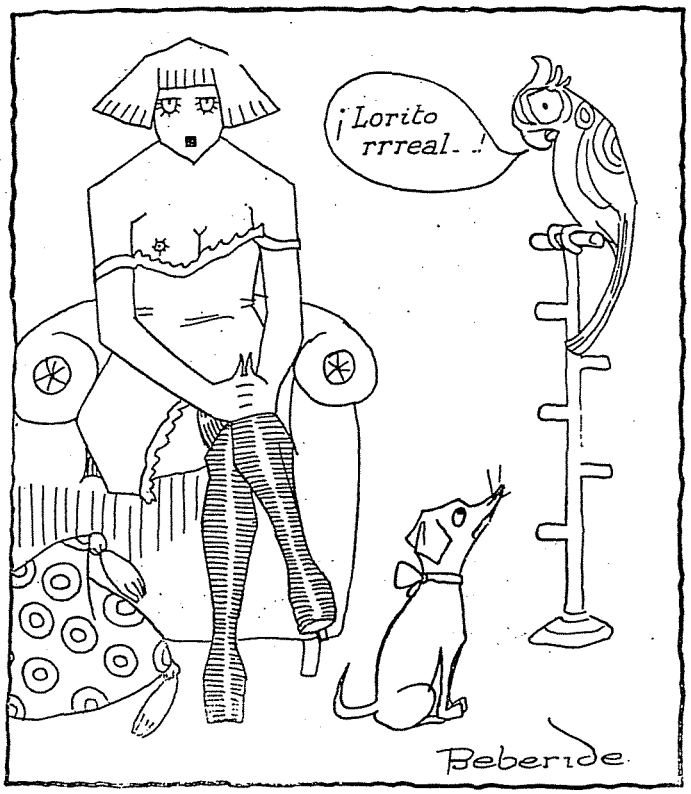
FLIRT, **que viene a representar en España lo que «La Vie Parisienne» en Francia, es la revista mejor escrita y más bellamente ilustrada.**

Prohibida la reproducción de texto y grabados.



—Periquín, ¿quieres que juguemos a los matrimonios?
—No, que es un juego muy tonto...
—¿Tonto? Pues ya verás cuando te lo enseñe como me lo pides tú a a mí.

Dibujo de GARRÁN.



EL PERRO.—En cuanto mi ama se dé cuenta de la lengua que tiene el loro, me releva de mi cargo.

Dibujo de BEBERIDE.

SUSCRIPCIÓN: MADRID Y PROVINCIAS, SEMESTRE 8 PESETAS.—AÑO 15 PESETAS

Agentes exclusivos para la venta de esta Revista en la República Argentina, SRES. MANZANERA Y CIA.—Independencia, 856.—BUENOS AIRES.—Precio del ejemplar en Buenos Aires: 20 centavos.

NOTAS DE UN AMANTE, POR ALBERTO INSUA

Usted tiene, por ejemplo, treinta y cuatro años y su amiga apenas ha cumplido veinte. Usted tiene la juventud que decae y ella la que comienza. De vez en cuando hay en usted caprichos y melancolías seniles, mientras ella hace aun chiquilladas. Con la crueldad de los niños ella le dirá a usted cosas horrorosas que le morderán el corazón. Resista usted, ría usted, y pague con las heridas de su amor propio cuanto ella le da de perfumado deleite y de sensaciones gratas. Ella le engaña a usted, o le engañará algún día. Pero, cuando ella está con usted, tan joven, tan fragante, y usted la hace suya, ¿le engaña a usted acaso? Lo que importa es la dulce evidencia, la verdad suave de su carne. ¡Ah, si usted es un romántico, un sentimental, un hombre de corazón, está usted perdido! No será usted nunca dichoso. Y si usted exije que ella le quiera «como usted desea ser querido», entonces renuncie a las mujeres, que siempre quieren «a su modo» y no al nuestro.

—

«Su» presencia me basta para olvidarlo todo. Nunca la juzgo cuando está conmigo, sino «después»... Mil veces al día la condeno con la cabeza, pero otras tantas la absuelvo con el corazón.

—

Pienso constantemente en «lo que pueda hacer» cuando no estamos juntos.

Pero me bastaría dar un paso para saberlo y no lo daría.

Prefiero la ignorancia, que es la ilusión, a la certidumbre de algo triste o vergonzoso que la carne me obligaría a perdonar.

—

Hay muchos seres para quienes el amor no es más que un pequeño incidente nocturno, una función fisiológica de las que se realizan «de ocultis».

No los critiquemos, porque son los mejores instrumentos de la especie.

El hombre no tiene necesidad del amor para nacer. Mas aún: los hijos llamados del amor, los hijos de una gran pasión o de lo que se llama «una falta» o «un crimen», llevan sobre sí demasiadas cosas divinas, o demasiados temores y demasiadas lágrimas, para poder ser dichosos.

No sería cómodo ser el hijo de Romeo y Julieta —si hubieran llegado a casarse—, ni el de Fedra e Hipólito— si éste hubiera querido...

En cambio, vean ustedes, mi carnicero y mi panadera acaban de contraer justas nupcias y se proponen procrear la futura dependencia de sus comercios.

¡Esos chicos sí que serán dichosos!

Tendrán carne y tendrán pan y no sentirán nunca la nostalgia del amor...



—La verdad es que con estos paseos primaverales-matinales por la costa le entran a una ganas de tirarse al mar.

Dibujo de MÁRQUEZ.

—

Lo que más me gusta de Marión es el ritmo de su cuerpo al andar.

No es que sea elegante, ni majestuoso. Es que está lleno de abandono, de cansancio, de falsa fatiga voluptuosa.

Se diría que siempre acaba de salir agotada de un tálamo de amor.

Y entran deseos de agotarla definitivamente.

—

Los senos de Marión son largos, puntiagudos y firmes, como los de una negrita de doce años.

—

Su cintura y sus caderas hacen pensar en la guitarra.

—

Es un poco ancha de hombros.

Desproporción que lleva a pensar en las mujeres de los dibujantes egipcios.

—

De espaldas, totalmente desnuda, se diría un efebo: un efebo muy delgado y muy dúctil...

Tiene «tipo de hombrecito».

Con ella no hay que sentir celos de los hombres, sino de las mujeres.

Y, por si acaso, conviene ser con ella «algo mujer».

Alberto Insúa

CUENTOS AL OIDO DE LUZ, POR ANDRES GONZALEZ-BLANCO

AMABLES MUJERES...

Todas las noches, al salir de casa, Mariano Martín doblaba por la calle de los Leones y cruzaba ante los cristales del Café Habanero... Invariablemente estaban, detrás de la cristalería, enturbiada por la suciedad y a veces resguardada por los visillos amarillentos, las tres hermanas...

Mariano vivía en una casa de huéspedes de la calle de Jacometrezo, una de esas casas altas, cuadradas y angostas, del Café del Callao para arriba, que la piqueta municipal ha derribado y allanado hace poco, dicen que para hermosear y agrandar la corte de los Felipes; yo con algunos otros, pienso que para contrahacer y remedar una ridícula parodia de un París sin grandeza y sin base, quitando a Madrid su sello típico, majo y saleroso...

Las tres hermanas vivían muy cerca de él; una noche, siguiéndolas al regreso del café, las vió entrar en un caserón renegrido por la lluvia y los años, de la calle de los Leones. Debajo estaba un obrador de planchado, del cual eran dueñas las tres hermanas. Las tres eran madrileñas, y por lo tanto, pizpiretas y alegres, con una conversación salpicada de timos chulescos.

Llegada la noche, después del sudorífico y pesado trabajo del día, las tres hermanas se componían y se atusaban y allá se iban para el Café Habanero, de donde siempre venían con «novio», como ellas decían púdicamente, como si quisieran engañarse a sí mismas...

Raro era el día en que las tres no atrapaban compañero de noche, hombre de placer hasta la madrugada, en que los soltaban invariablemente no queriendo jamás que la luz del día les sorprendiese en sus brazos... Los despachaban muy dulcemente, con buenos modos, sin descabezarlos como Cleopatra, pero desplumándolos desde luego...

Pero ocurría a veces que las tres no pescaban tres compañeros idóneos para el caso y entonces las dos que quedaban de *non* solían entregarse a las dulces compensaciones que Safo brindaba a sus discípulas antes del salto mortal del Leúcades...

Otras veces ocurría ser dos las que encontraban *pareja* y entonces era una la que se consagraba a la contemplación solitaria de sus encantos en el lecho frio... O bien, cuando caía un caprichoso, de esos que pululaban entonces por aquellos barrios recatados, propicios a toda proposición deshonesta, la que quedaba desparejada y suelta, «hacía juego» con una de las hermanas en mil plácemes lascivos que la voluptuosidad ha ensayado desde antaño...

La más solicitada de las tres hermanas, que componían tres tipos de belleza diversa, y muy españoles los tres, era Trini, la mayor, como de unos veintiocho años, alta, fuerte, de ancas poderosas y piernas lascivas, aire un poco hombruno y resuelto al andar, pero con una boca roja y encendida de inefable voluptuosidad, pelo negro y lustroso como la canda de un corcel de guerra .. Trini era la más codiciada porque sabía jugar muy bien los ojos y era más cariñosa y encendida con los hombres.

Nati, la segunda, era esbelta y delgada, pero de un ardor contenido en los pechos menudos y en las piernas finas y bien modeladas, y con unos ojos verdes más voluptuosos aún que los negros ojazos de Trini.

Nati tenía unos veinticinco años, llevaba siempre más joyas que sus hermanas y tenía cierta fama de perversidad entre los Casanova del barrio.

Patro era la menor, tenía sólo veinte años, de mediana estatura no más, con ojos color tabaco y pelo castaño tirando a rubio, cándida mirada de niña y rostro encendido y redondo de muñeca... Era la más buena e ingenua de las tres, y la que más frecuentemente solía quedarse *de non* por su misma bondad y dulzura...

LA VIEJA ESPAÑA GALANTE, POR DIEGO SAN JOSÉ

FRANCELISA Y VILLAMEDIANA

Fanáticos defensores de la Monarquía niegan que entre la primera mujer de Felipe IV y el cínico conde de Villamediana, hubiera otra cosa que las procacidades del prócer poeta que a todo y contra todo se atrevía, más la vaga y amena literatura que tiene preciosos documentos para demostrar aquel paso de comedia tan de su tiempo, dice que hubo más que palabras, y que si no puede afirmar rotundamente que los infrascritos pasaran de los dichos a los hechos, es porque en esta suerte de aventuras hasta la luz del sol estorba. D. Juan de Tassis Peralta, cuando llegó de su destierro transcurrido en la levítica ciudad de Sigüenza, hallóse con una reina bizarra y gentil, a quien conoció casi una niña, y como si fuese una dama cualquiera, (para él en siendo mujeres todas eran lo mismo) la puso cerco. Como el hombre había buen porte y mostraba buen ingenio y S. M. había a su regio consorte más tiempo en las cacerías de «El Pardo» y en los aposentos de las comediantas, nada tiene de extraño que se «dejara querer», (como dicen).

No es de mujer enamorada que está pensando constantemente en su galán, aquel trueque de nombres, cuando el rey la halló sola y pensativa en su cámara y queriendo sorprenderla la tapó los ojos, y ella pensando que era el «otro», exclamó:

—Estaos quedo, conde.

Y advirtiendo la equivocación, en lugar de quedarse muda de espanto prosiguió con gentil donaire al ver la extrañeza de su marido:

—Conde de Barcelona...

¿Quién podrá negar que sea de mujer satisfecha y orgullosa de su cortejo aquella exclamación de Isabel de Borbón, cuando en la famosa fiesta de la Plaza Mayor, en que Villamediana se presentó luciendo la cínica divisa de los amores reales, al rejonear bizarramente un toro:

—Pica bien Villamediana?

A lo que el rey replicó ya con la querencia del bulto.

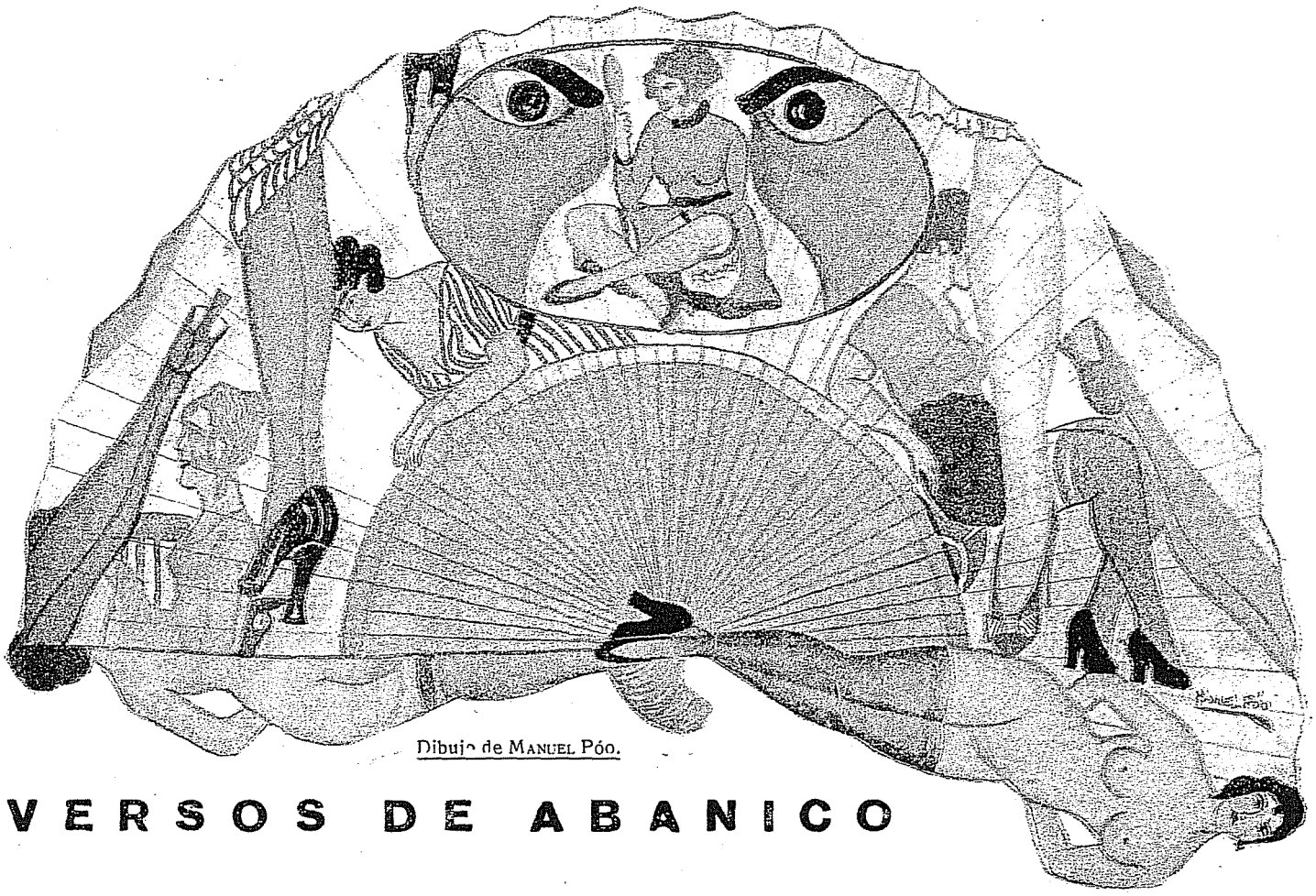
—Pica bien, pero muy alto.

Las mejores rimas de Tassis Peralta están dedicadas a Francelisa, que era el nombre poético que daba a la alcurniada dama de sus pensamientos.

No ha mucho tiempo que aún existió en el Retiro un ciprés que el vulgo señalaba como testigo de aquellos amoríos, y aun se atrevía con su imaginación ingenua y florida a referir una aventura en que ya estaba amenazada la vida del osado aristócrata y de la que salió con bien merced a la gentileza de Quevedo.

El centenario arbusto cayó, más que por el peso de los años por el rigor de uno de los pasados inviernos, pero la leyenda, aunque falsa, ha quedado en el ambiente y en el corazón del pueblo

A buen seguro que cuando aquella noche agosteña de 1522 cayó don Juan al golpe alevoso de un traidor bien pagado, si el pueblo acogió la noticia con indiferencia, el ingenio hizo sus epitafios de doble filo y el rey y el conde-duque respiraron tranquilos, hubo unos ojos que lloraron lágrimas arrancadas de lo más hondo del corazón, los de «Francelisa».



Dibujo de MANUEL PÓO.

VERSOS DE ABANICO

JUNTO A LA DICHA...

LORENZO ROLDAN

De retorno en Madrid, ciudad encantadora,
plantel de mil mujeres que animan los paseos,
enjambre de bellezas que encienden los deseos
cual la Venus triunfante de carne seductora,

en la vida de vértigo que a gozar nos convida
se borran los recuerdos, se excitan las pasiones,
renace la alegría con nuevas ilusiones
y en un vuelo triunfal va pasando la vida.

¡Suave amor pueblerino, claro amor de una hora
de estío, adolescente, pálida y soñadora;
yo que soy de la dicha ferviente peregrino

al pasar por tu puerta, oh, flor de castidad,
no vi que eras tú el hada de la felicidad
y como un pobre ciego, proseguí mi camino!...

O R T O

N. HERNANDEZ LUQUERO

Ya te han puesto de largo, y tus ojeras
hablan del sueño de una infancia huida,
ya miras de otro modo y en tu vida
han abierto su cáliz las primeras

rosas de iniciación. Tiene un sentido
nuevo y fragante para ti el anhelo
impreciso de amar, que como un velo
rozara ayer tu corazón henchido.

Han hallado tus ojos la mirada
de un galanteador. La seda mate
de tu morena tez se ha hecho encarnada,

y entre el prestigio de candor que instilas,
vencedora de su íntimo combate,
la pasión se ha asomado a tus pupilas.

SI HOY MUERO... A TU LADO

ADOLFO CUENCA

¡Verso galante, perdido
en mi última emoción,
bajo lo desconocido
que ahoga mi corazón!

Aunque se cierren mis ojos,
yo tendré un beso sensual
para tu boca, en los rojos
labios que rezan al mal.

Me rendiré en el deseo
apasionado y fragante
donde hierve mi dolor.

¡Creo en lo infinito!... ¡Y creo
en la vida lo bastante
para creer en tu amor!...

EL VI... NO "FORMICAR", POR VICENTE DIEZ DE TEJADA

Yo sabía un cuento viejo, que, muchos años después, «le pasó» a un amigo mío—según él mismo juraba y perjuraba—(¡Y tanto como perjuraba!) Más tarde, nos lo colocó en su «Juan José» el ínclito Dicenta y, por último, lo encontré yo leyendo a un tal Voltaire, que nos recomendaba que cuidásemos nuestro jardín.

Digo todo esto, para que tú, lector, no te me vengas con andróminas de originalidades, ni aún de ineditismos.

Yo, voy a referirlos unos cuantos cuentecillos viejos, de lo más originales y de lo más inéditos que se conoce.

Comienzo por éste: «El VI... no «formicar».

—

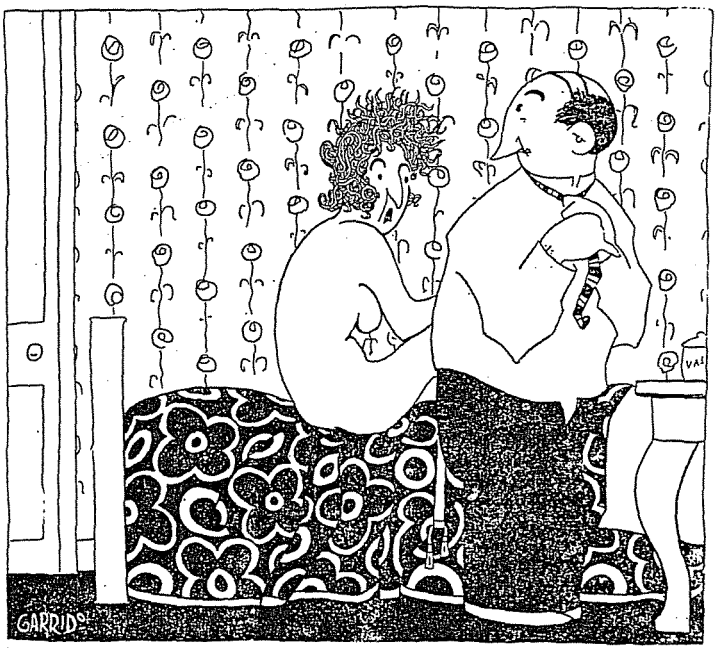
—Papá, — preguntó ingenuamente al suyo, cierto día de vacaciones, un zagalón cándido, más inocente que un sindicalista procesado—. ¿Qué es formicar?

—¿Formicar?—inquirió, también, el sorprendido padre, para ganar tiempo, comprendiendo que el chico no pronunciaba bien la tremebunda palabra--. Formicar, hijo mío, debe de ser cosa de hormigas; del latín...

—No, papá, no, no te canses; no es del latín; es de catecismo: «el VI no formicar»...

—¡Ah, vamos, sí!.. ¡Formicar!... ¡Caray, caray, con formicar! Pues verás: Formicar, viene a ser ¿sabes?... quiere decir, ¿comprendes?.. significa... ¡eso! (¡Válganme las once mil y una vírgenes, contando a Santa Ursula!) Formicar es lo mismo que... robar tabaco, o dinero para comprarlo... ¿eh?... Como comprenderás, un pecado muy feo ..

No olvidó la lección el chico; y, andando el tiempo—y al colegio aún—cuando ya tenía edad... y dedos para «robar tabaco... etc.» para formicar, en fin, confesándose un día con el anciano director del pensionado, al llegar a lo de los pecados contra el VI, se expresó de este modo:



—¡Han llamado!... ¿Será tu marido?
—¡No me asustes, por Dios, que estoy que no me llega la camisa al cuerpo.

Dibujo de GARRIDO.

—Acúsome, Padre, de que he formicado.

—¿Tú?—exclamó el sacerdote, sorprendido.

—Sí, padre, yo.

—¡Ave María Purísima; tan tiernecito aún y tan empecatado ya! Y, dime, dime: ¿cuántas veces?

—Cuatro. La primera a mi hermana.

—¡Santísimo Sacramento! ¿A tu hermana?

—Sí, padre. Una mañana, aprovechando la ocasión de estar ella en el baño, entré en su cuarto sin que nadie me viera, y la formiqué... como una perra... La segunda vez, a mi mamá.

—¡Angeles y Serafines!... ¿A tu madre también, Nerón, más que Nerón, que él no ultrajó a la suya más que con el pensamiento? Pero, desdichado, ¿no se abrió la tierra bajo tus plantas?... y tu madre ¿estaba muerta, que no gritó, que no pidió socorro, que no te mató de un golpe vengador y justiciero?

—Ni se enteró siquiera... La pillé dormida, tan descuidada...

—¡Reina del Cielo!

—Ya ve usted, padre; la ocasión, el demonio que lo tienta a uno...

—¡Negros demonios tienes tú en el cuerpo!

—.. La tercera, a mi padre.

—¡Circuncisión del Señor!... ¡Yo sueño!... ¡¡Este es Lucifer en persona!!...

—Dormíamos juntos, en una fonda, ¿sabe usted?.. Sentí que roncaba... Lo toqué varias veces... ¡Nada! ¡Un par de perros!

—¡Un par de pares de miles de demonios que te lleven, Belcebú!. . ¡Calla, condenado en vida, calla! Pero, Señor: ¿cómo consientes que un ser tan tierno caiga en tales tentaciones?... Una vez el baño... ¡es claro!... Espectáculo nunca visto; la sangre, que se despierta... otra vez, el sueño, maldito... Pero, ¿qué clase de sueño tienen ciertas gentes?... Es natural: las revueltas ropas del lecho, descubrirían, inclementes, reconditeces misteriosas y provocativas... ¡No es imposible, no; no es imposible!... ¡Pero a su padre! ¡¡A su padre!!... Estaría ebrio, quizás... ¡Maldita borrachera!... ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús, mil veces!... ¡Posible, posible, también, en una naturaleza tan desenfrenada!...

—Falta la última, padre.

—¿Aun estás ahí, Satanás?

—La cuarta... Pero me da mucha vergüenza...

—¡Tal será ella, bellaco!

—La cuarta... fué a usted.

—¿A mí?... ¡Te mato!... ¡Eso es imposible!... ¡Absolutamente imposible, mentecato, pillo, embustero!...

—¡Pero si no fué más que un polvito!...

—¡Ni uno ni medio, granuja!... ¡Pecador soy, pero estoy limpio de polvo y paja! ¿Entiendes, sátiro? Te repito que es imposible... ¡Ay!... ¡A mí me va a dar algo!... Tú te burlas... Tú mientes...

—No miento, no. Fué el día que me dejó usted sin paseo... Nos quedamos solos en el colegio... A usted le dió el ahogo...

—¡Y me desahogaste tú!... ¡Así sí que puede ser, demonio del Infierno; así sí que es posible!... Yo había notado algo; pero creí que era irritación... Mira: si dices algo de esto a alguien ¡te mato, te degüello!...

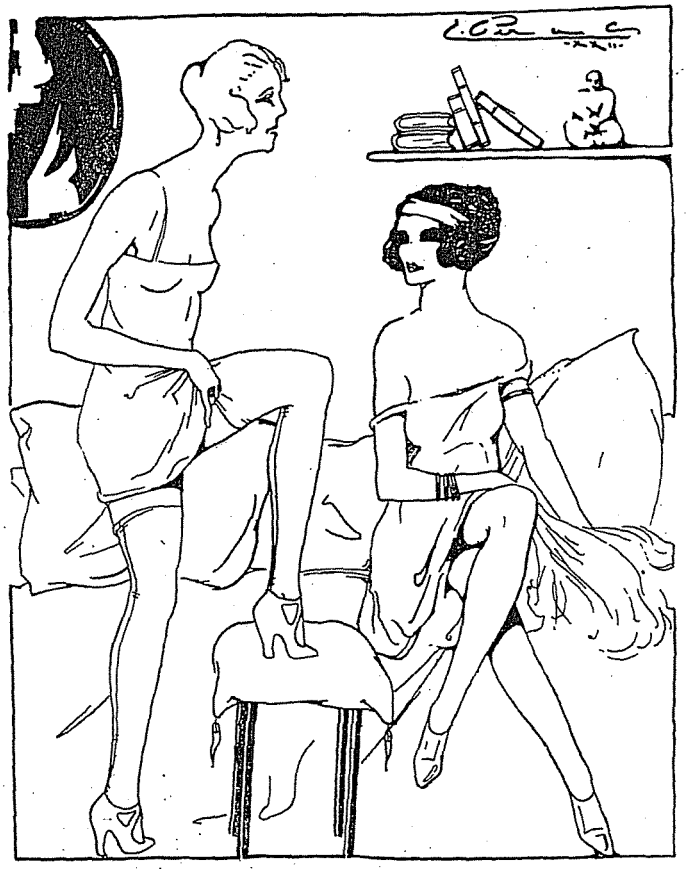
—No diré nada; no tenga cuidado; y no lo volveré a hacer... Maldita la gracia que me hizo... ¡Me escoció mucho!

—¿Y a mí no, eh?

—Usted, como ya está acostumbrado, ni lo siente siquiera...

—¿Yo? ¿Acostumbrado yo, que no tengo más vicio que el de tomar un poco de rapé?... ¡Ay, Dios mío! Se me va la cabeza... ¡Que no me dé el ataque; que no me dé, porque está aquí el Malo, y es capaz de todo... aunque le escueza!...

ENSEÑANZA SUPERIOR, POR JOAQUIN BELDA



—¿Conque Joaquín es profesor de moral y casi siempre se levanta con la aurora?
—¿Es que no es higiénico madrugar?
—Madrugar, sí; pero la Aurora que digo yo es la del «Ideal Camelo.»

Dibujo de PERALS.

Se hablaba hoy en cátedra de Alcibiades, pero no de Alcibiades político, ni del Alcibiades estratega, ni siquiera del Alcibiades árbitro de elegancias que, cuando estrenaba unas sandalias al instante las imponía a toda Atenas. No; don Eleazar iba a hablar hoy a sus discípulos y discípulas congregados en el aula número 69 de la Universidad de Corinto, del Alcibiades inventor de voluptuosidades, del implantador de lascivias nuevas, que luego daban la vuelta a toda la magna Grecia.

El insigne pedagogo hablaba así:

—Alcibiades, hombre de gran ingenio, espíritu cultivadísimo, era un gran inventor de caricias nuevas; en realidad puede decirse que fué un gran innovador del amor, un poco anticuado en sus procedimientos cuando el gran hombre, o los ocho años de edad, empezó a dedicarse a él con todos sus entusiasmos.

Al oir esto de los ocho años en la clase se armó cierto revuelo: los alumnos se miraban unos a otros como diciéndose:

—¡Pues sí que hemos estado perdiendo el tiempo!

La lección continuaba.

—Alcibiades fué el inventor del beso por sorpresa: es esta una caricia muy practicada algunos siglos después entre los cardenales romanos, y que consiste en amenazar fieramente a la persona a quien se quiere besar, irse a ella iracundo y con los puños cerrados como si se le fuera a machacar el cráneo, y cuando ya ella hace un gesto instintivo de defensa para esquivar el golpe, entonces la estrecha uno entre sus brazos y la da un beso. La sensación es realmente mágica, porque la persona así besada, estremeciéndose aun de terror, hace que esos estremecimientos se confundan con la agitación física que producen las impresiones voluptuosas. El sistema lo usan hoy día mucho los apaches franceses, cuando quieren obtener de sus coimas respectivas algún dinero más del acostumbrado... También se atribuye al gran Alcibiades la invención de los baños de miel: sumergíase con una o varias de sus amigas en una gran piscina llena de miel de romero de la más suelta y desleída, clara y transparente casi como si fuera agua: permanecían allí un gran rato leyendo a los poetas clásicos o cantando epígramas, y cuando ya los cuerpos se habían impregnado bien del líquido que expelen las abejas, salían del baño y... la gracia consistía en que en vez de secarse con toallas, sábanas o cualquier otra clase de lienzos, secábanse unos a otros con las propias bocas. ¡Alcibiades cogió así cada indigestión de miel!...

Una de las grandes aficiones de nuestro héroe consistía en el cultivo del sadismo: eso de hacer sufrir a los seres a quienes amaba, era algo que le enloquecía de júbilo. Tanto que hay historiadores que afirman con toda clase de seguridades que el episodio aquel en que el árbitro de las elegancias hizo cortar la cola a su perro favorito no fué más que un caso de sadismo. ¡Poco que se divertía el gran hombre viendo al animalito aullar lúgubremente, y dar vueltas alrededor de sí mismo para cogerse la puntita del rabo, sin poder lograrlo ya! Realmente el sadismo es una cosa que está muy bien.

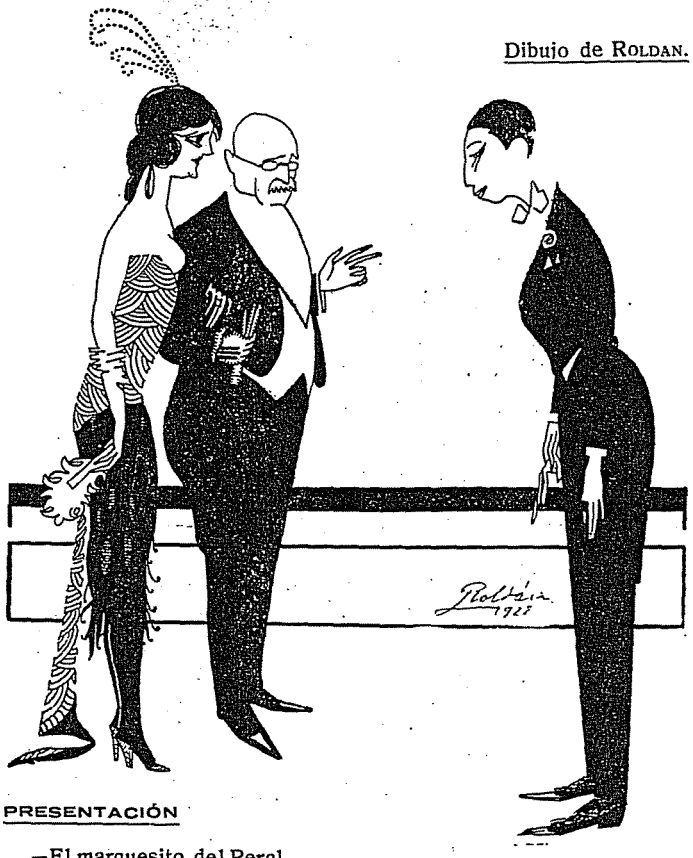
Al llegar a este punto de su explicación a don Eleazar se le inyectaban los ojos, y las palabras le salían temblonas de la boca. Se veía que vivía lo que estaba explicando. Entró en el aula el bedel e inclinándose ceremonioso, dijo en voz alta:

—Señor profesor, la hora.

—¡La hora de qué!—preguntó el catedrático, como quien despierta de un sueño. Pero se repuso en seguida.

—Ah, sí... Hasta mañana, señores.

Dibujo de ROLDAN.



PRESENTACIÓN

—El marquesito del Peral...
—No me gusta, papá; parece un maniquí. Fíjate, los pantalones no le hacen ni una arruga.



¿QUE LAS DARA DARIO?, POR JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

(Correspondencia de un tío con suerte.)

I

«Inolvidable Morronguín: Sin cartas tuyas me es imposible la vida. Son las dos de la tarde y aún no me has contestado a la de las once de la mañana.

Me tienes loca, Darío embriagador. Ese bigote que te sube por ambos lados de la nariz es un encanto peludo de maravilloso efecto. Esa caída de ojos necesita un paracaídas de los más perfeccionados y yo me brindo a serlo. Ese talle daría envidia a las palmeras del desierto, aunque te recibieran con palmas. Esa gracia picaresca conque te adobas el espíritu, es tu privilegio más preciado. La potente luz de tu inteligencia deslumbra y anonada. Tu corazón es oro purísimo. Pródiga Naturaleza te dió músculos férreos, blancura de cutis, proporcionalidad de miembros, vigor y fuerza. No menos pródigo el Destino, dotote, (sí, dotote) de pingüe fortuna. Y, sin embargo, no eres perfecto ante mis ojos. ¿Por qué, Darío mío, no destierras de tí el vicio de chuparte el dedo índice? Corrígete, mi alma, y te adorará ciegamente tu *Basilisa.*»

II

«Queridísimo Darío: No temas ser desbancado ni por el Patro Santo que me pidiera relaciones.

¡Te adoro con enajenación mental!

¡Quién iba a decirnos cuando, tú en blanda cuna y yo en pobre choza, libábamos del mismo pecho, que nos íbamos a querer con tanta vehemencia!...

¡Qué origen lácteo tan inusitado tuvo nuestra pasión!

¡Y cómo se nos ha desarrollado después!...

¿Qué leche fué la que bebimos que así nos ha llega a conglomerar?

Sigo soñando contigo todas las noches, bribón.

El suego de anoche fué delicioso. Tú, nene de mi alma, venías hacia mí envuelto en una nube como de merengue; yo te recibía en mis brazos ebúrneos después de separar el merengue susodicho, y de improviso se nos presentaba mamá con una cucharilla...

Pensando en tí, mi existencia se desliza, ya lo ves, muy dulcemente, y todas mis penas acaban por esfumarse.

¿Pues y el día que me dés las tres pesetas que te tengo pedidas? ¡Oh! ¡Ese día será el más feliz de mi vida!

Entretanto, ¡oh, mi Darío en flor! acuérdate mucho de tu hermana de leche *Clara.*»

III

«Gloria de mi vida: Mi marido es cada día más bruto y más celoso. Comparado con él, el célebre Otelo era un *seise* de Catedral. Te lo advierto, cielín mío, para que no vayas a cometer alguna imprudencia.

Yo te amo, Darío insuperable, como ama el ruiseñor a su ruiseñora, el trúcho a la trucha, el puerco-espín a la puerco-espina, el portero a la portera...

¿Me quieres tú a mí con tan vivo afán?

¿Por qué ha surgido entre los dos una simpatía tan profunda?... ¡Dímelo, pichón!

¡Oh, qué diferencia entre mi marido y tú!...

El, todo recelos, todo escamas (como buen besugo que es), todo brusquedades, todo amenazas, todo ronquidos nocturnos... Tú, todo solicitud, todo cariño, todo frases agradables y sin ajos intercalados, todo ternura en salsa... todo comprendido...

¿De qué medio nos valdríamos para eliminarle de entre los vivos? Piensa en esto, Darío, tú que eres uno de los más vivos, y no olvides a esta infeliz adulterada que te adora sin freno, *Amelia.*»

IV

«No puedo más, cielo mío: La oposición de mi padre a todo es irresistible. Comenzó ganando por oposición la plaza que disfruta y ahora le ha dado por hacer oposición a nuestros amores, pero de un modo cruel e implacable, y no la va a ganar.

Mi querido padre es un animal muy grande y el suicidio se impone, vida mía. No extrañes, pues, que el día menos pensado, en vez de recibir carta de una amante viva, la recibas de un cadáver muerto.

Yo no puedo continuar así, mi alma. Lo único que me detiene es la duda. ¿De qué medio me valgo para cortarme el hilo de la existencia? ¿Del puñal? ¿Del revólver? ¿Del sublimado? ¿De los fósforos? ¿Del aplastamiento ferroviario? ¿Del jerez de dos pesetas? ¿Del soneto modernista?... ¡No lo sé!

¿Qué me aconsejas tú, tesoro mío?... ¿No te seduce la idea de que nos entierren juntos?

Espera carta tuya con ansiedad febril, tu enamoradísima *Rigoberta.*»

V

«Adorado Darío: Pablo y Virginia, Julieta y Romeo, Don Rodrigo y la Cava fueron, no parejas de amantes, sino de guardias civiles, comparados con nosotros, que somos la pareja más apasionada y más loca del universo. ¿No es verdad, borreguín mío?

Cada día tengo más ansias de pertenecerte por completo. La existencia sin tí es de un aburrimiento soberano. Solamente me distraen los trapitos y las variaciones de la moda.

Me han hecho un vestido que es una preciosidad. Pero no creas que tiene gran cortedad de falda: veinticinco centímetros de pierna en libertad, que si se va a ver (que sí se va) no es nada.

Mamá está haciéndose una bata color «¡Maura no!» que se tira a las tapias; pero es lo que yo la digo: «A tu gusto, mula...»

Espero con impaciencia carta tuya, porque cuando eso me falta, me siento morir.

Adios, palomino mío. Ya sabes que puedes disponer de toda tu *Casta.*

Postdata.—Realmente los centímetros de la pierna libre son cincuenta; pero, por no alarmarte, no he querido decírtelo de una vez›.

VI

«Darío de mi arma: Te pare cerámen tira que esta porbe Cocinera se henlocezca tanto por un ombre como tú, ceres mi ombre. Pero llo no sé cé adibino entí ce me yena de amor i meso Foca de ariba abago.

Te yebo metido en lo masondo del coracon i me pare ceque noteveo acemila ños.

No te ballas con nenguna Sinbergunza desas ce andan por ¡hay!

De la sisa tengo que Comprate una petaca de piel de guardia; un parde Cazetines rallados, y hun pañuelo pacete suenes con dos letras entrelazás las Narizes y te acurdes de mí.

Ben a berme cuando estén los señores. Fuera de casa. Dale a la portera Dos Pesetas i te deja.

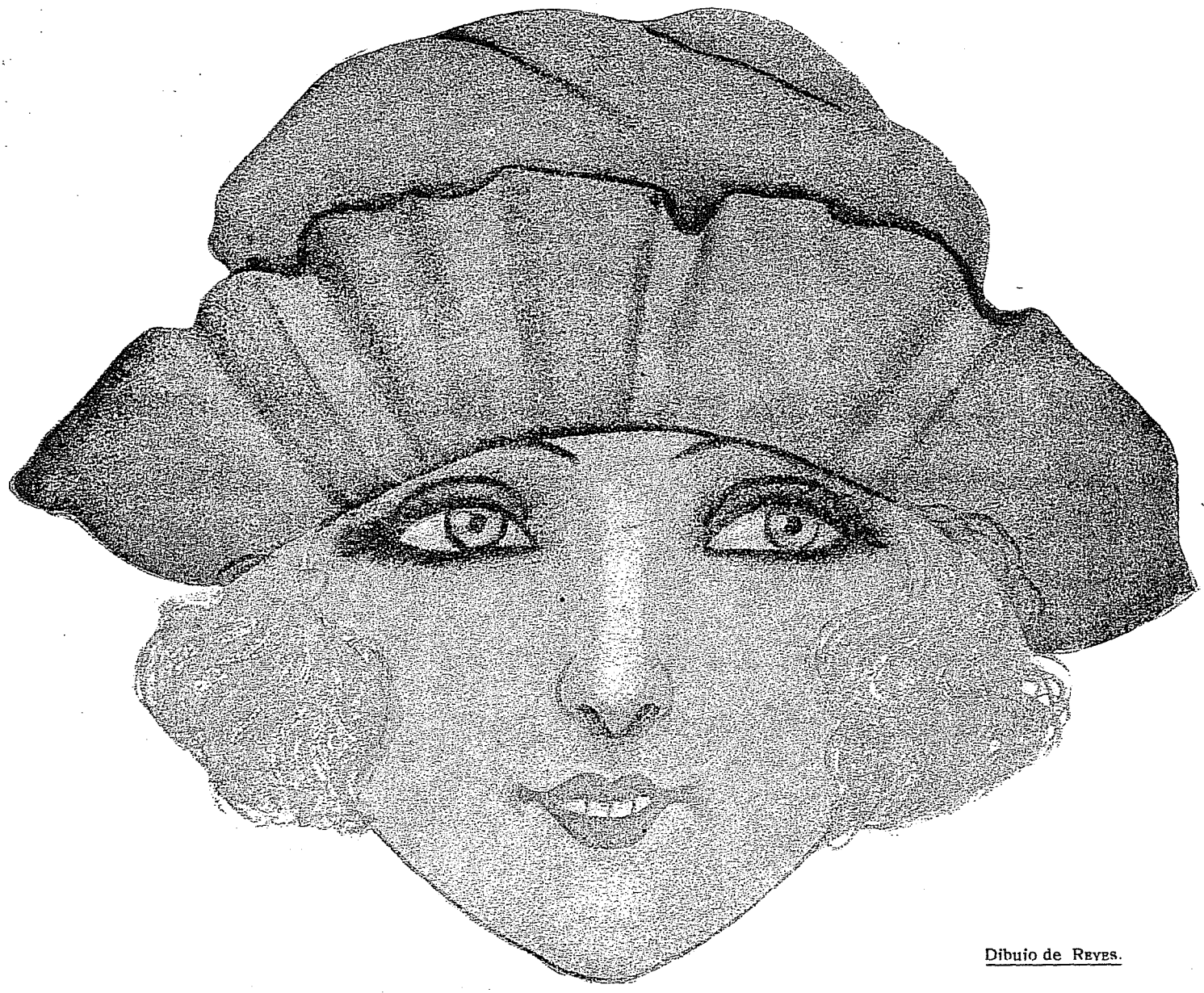
Hadios. higo cerido. Perdóname las flautas de hortografía; pero tes toi hescribiendo encima der Fogon.

no meol Bides. ¡Llo seré tulla asta la merte!

Guanita».

Por la copia.

Juan Pérez Zúñiga



Dibujo de Reyes.

¿A QUÉ EDAD ES PARA EL AMOR MÁS INTERESANTE LA MUJER?

«RAFAEL DE EXTREMADURA»

La adolescente, para el viejo verde; la mujer en la plenitud de su belleza, para la masa general de hombres; la refinada mujer crepuscular, para los jovenzuelos. Estos tres tipos de mujeres y de hombres se buscan siempre, a saber por qué misterios del misterio. Para mí, que mido el tiempo según la intensidad de mis emociones, cualquiera de las tres que encuentre en mi camino y me sonría, será la más interesante. Pero mi ideal es una mujer que no sea ninguna de las tres y las tres al mismo tiempo: Una edad indeterminada y determinadísimas complejidades en una bella mujer.

ANTONIO FRANCO JARAMILLO

(Soneto esdrújulo ridículo.)

Yo admiro a las mujeres que tienen escultórico
el cuerpo omnipotente de curvas mayestáticas,
pero no las pregunto, con tal que sean simpáticas,
cuántas veces besó Abril su cuerpo erótico.
Yo me limito a amarlas y estoy como lunático
si una mujer muy bella tiene piernas herméticas;
las recito al momento mis canciones poéticas
y pongo con un beso el fin epitalámico.
Para acabar, señores; con versos esdrujúlicos,
contestar he querido a su concurso flírtico,
engendrando un soneto que es, ¡ay!, bastante málico.
Las mujeres, si tienen turgencias mayestáticas,
una cara bonita y formas escultóricas,
son todas aceptables con tal que sean simpáticas.

FELIX TORRENTE

El interés que nos inspiran las mujeres no depende de su edad ni aun de su belleza, sino de su inaccesibilidad: la mujer más adorable será siempre la que mejor sepa resistirse a nuestras asechanzas. Mis derrotas en amor me [illegible] que mis triunfos

LA VOLUPTUOSIDAD Y EL MISTERIO, POR J. ORTIZ DE PINEDO

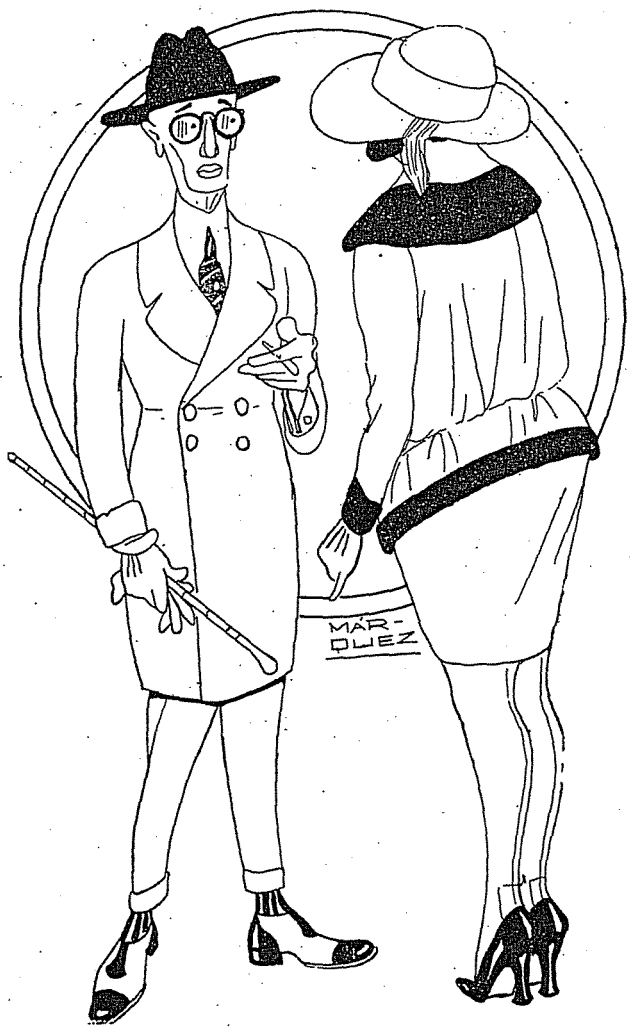
En un rincón de la sala del «the-tango», sorbiendo cocteles, fumando cigarrillos exóticos, dialogaban Bautista Olóriz y Samuel Inchausti. El crepúsculo incendiaba las vidrieras policromadas y, no habiéndose encendido todavía las luces, llenaba el salón una sombra violeta. La orquesta rimaba la música sensual de una danza, y, al revuelo de las parejas, veíanse bocas pintadas, anchos escotes, brazos y espaldas desnudas, finas siluetas, piernas incitadoras.

—Todo esto—decía Samuel, un pintor de original estilo, algo extravagante—, todo esto es de una sensualidad estúpida. Yo nunca he comprendido el amor fácil, mercenario. Creo que el peor enemigo de la voluptuosidad es la voluptuosidad aprendida. Cuanto más sabia en artes del vicio sea una mujer, tiene para mí menos encanto. Creo que la verdadera voluptuosidad reside en lo imprevisto, en lo no sabido y aprendido.

Bautista Olóriz—cuarentón mundano, muy «chic»—sentíase un poco defraudado con las teorías de su amigo.

—Usted es muy novelesco, muy soñador. Yo me contento con una mujer bonita que sepa bien su papel de amadora. Crea usted que hay sabias de esta clase muy interesantes, dignas de ingresar en una Academia.

—La de la Lengua o la de la Historia, sí: para solaz de los señores académicos. Pero yo le digo que estas sabias no me emocionan. Son la morralla del placer, las que lo envilecen y deforman a fuerza de experiencia y sabiduría. No, amigo mío. El placer debe ser ingenuo, improvisado y, sobre todo, ha de tener por aliado al misterio si aspira a ser supremo y exquisito. Y no digo el placer; ¿conoce usted algo en la vida verdaderamente bello sin un poco de misterio? El misterio es la sal, el perfume de todas las cosas. En amor, lo insustituible. Lo mejor del amor está en la aventura, y lo mejor de ésta en lo misterioso.



—Chico, esa bajada del parque de los Condes del Yeso será una obra arquitectónica, pero te desacredita ante mí.
—Porque no conoces más bajada mía que esa.

Dibujo de MÁRQUEZ.

Olóriz sonreía escuchando al artista.

—Yo le juro—prosiguió éste—que las sensaciones eróticas más gratas, descartando, claro está, el amor espiritual, hubo de proporcionármelas el azar y el misterio. La más bella mujer que he poseído fué una francesa que conocí en cierto viaje a París, una mujercita enigmática qne no quiso decirme su nombre ni su estado, adónde iba ni de dónde venía. Solos en el departamento, mi compañera de viaje recostóse en la colchoneta para dormir. Yo quise hacer lo propio, luego de haber velado la luz con la cortinilla. Pero la vecindad de una mujer bonita, nuestra soledad, la noche, el departamento en penumbra, todo ello no me dejaba pegar los ojos.

El pintor tomó un gran sorbo de coctel. Olóriz mostrábase interesado.

—Atraído por el misterio, poseído por la tentación, sin que me tomara la molestia de dirigir la menor palabra a quella mujer, fuí audaz, brutalmente audaz. Mi bella desconocida, echada sobre el asiento, con la cabeza en el ángulo, tenía las piernas levemente separadas. Aprovechándome de su sueño—dormía de veras—mi mano irreverente trepó suave hacia las más íntimas reconditeces de la linda viajera, que, despertando súbitamente, defendió a viva fuerza su pudor ultrajado. Hasta me abofeteó. Yo no osé proferir la queja más leve. Estaba en su derecho. Acaso yo también en el mío. Mientras recibía con evangélica resignación una lluvia de cachetes—las manos blancas duelen, créalo usted—mis manos acariciaban como podían a aquella Eva furiosa e indignada. Confieso en honor de la verdad que no quise extremar la superioridad de mis fuerzas ni mostrarme demasiado violento en el ataque. Me limitaba a acariciar aquel cuerpo blando, torneado, con voluptuosidad que hacía más viva el contraste de los bofetones. Nuestra lucha duró bastante. Ella se defendía sinceramente, tengo la evidencia de ello. Al cabo dejó de abofetearme y quiso librar su cuerpo de mi asalto. Hubo entonces un combate blando, silencioso. Por fin, no sé si fatigada de luchar o vencida por la emoción de mis caricias, cedió a ellas. Sin embargo fué aquella una fiesta de amor, torpe; torpeza en el acto y en la amadora; torpeza en todo. Dice usted de las sabias del amor liviano... Yo no cambio la torpeza de aquella mujercita por la sabiduría de la más experimentada. Dichoso con mi aventura—concluyó Inchausti—intenté prolongarla donde fuese, en París o en el fin del mundo, pues estaba dispuesto a seguir a mi amada de una noche. Pero no logré obtener la menor respuesta a mis preguntas y mi curiosidad. Al llegar a París mi bella desconocida se me escabulló en la estación. El misterio que la envolvía me la hace recordar siempre. No sabré decirle a usted si se trataba de una virgen púdica, de una casada imprudente o de una viuda lasciva. Lo indudable es que el misterio me la hizo adorable e inolvidable y que de cuantas mujeres he conocido intimamente, ninguna supo hacerme dichoso como ella. De haberla visto y visitado luego en París, la aventura hubiera tenido un fin vulgar, sin encanto. Crea usted que, como antes le he dicho, el misterio es el mejor aliado de la voluptuosidad.

J. Ortiz de Pinedo

COPLAS GALANTES

POR

DIEZ DE TEJADA

ILUSTRADAS POR LINAGE





¡Ojo con tu novio!
Que no se deslice!
¡Que ese chico es un punto, mas largo,
Que un beso de cine!

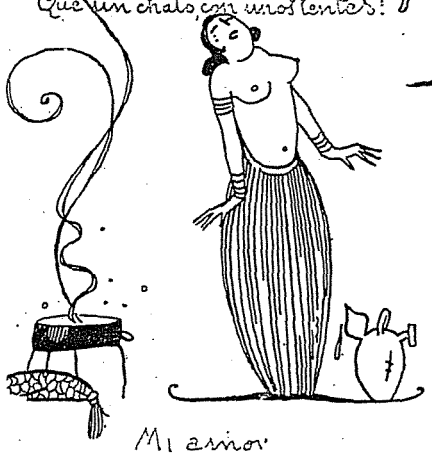
Entre las faldas del monte
Cobró un conejo, Tomás.
¡En el monte de entre faldas
Ha pagado muchos mas!

Tú eres rica y ¡yo soy pobre,
me he empeñado en quererte.
¡Voy a pasar mas fatigas
Que un chalo, con unos lentes!



¡Que manos tienes tan frias!
En el cine le decias
Anoche a tu pretendiente.
¿Que era aquello, que imprudente,
El tocaba, y tu tenias
Tan caliente?

¡Boca reidora y loca
De alegria asilo eterno;
Fuego y nieve; pluma y roca;
Canicula en pleno invierno!...
¡Una boca del infierno
Es el cielo tu boca!



Yo estoy loco por una,
Y esta, por otro,
Y este otro, por otra,
Se vuelve loco
¡Y, aun facil fuera,
Que esta otra, por otro
Loca estuviera!...



Mi amor
Es como el fuego, abrasador.
La llama abrasa cuanto toca,
Como los besos de mi boca.
¡Oh, inefable placer!
¡Como la llama quiero ser!
¡Arder! ¡Lucir!
Y amando, entre fulgores sucumbir!

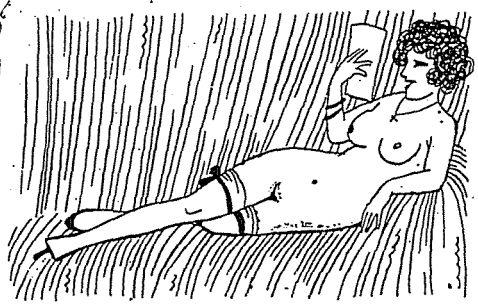


A pesar de ser pobre, muy pobre
Mas que rico, quisiera ya ser
Engomado filete del sobre
En que encierras tu carta, mujer
Porque todo el tesoro de Creso
No pagara el placer sin igual
De robar con mis labios, un beso
De tu lengua al pincel de coral



¡Cuatro mozos se la llevan;
Se la llevan a enterrar!
¿Cuatro mozos, y ella encima?
¡Muerta va!





¡Anda, y no presumas mas;
Que me costó mi trabajo
El calarte; ¡y ya lo estás
Por arriba, por abajo,
Por delante, y por detrás!

Mi alma es al odio agena,
Y todas sus moradas, rebosantes
Estan de amor. ¡De amor mi alma está llena!
¡Yo he amado a Thais y a Magdalena,
Uno por uno, en todos sus amantes!

LA MISTERIOSA RAMERA, POR EMILIO CARRERE

Las calles que rodean a la Universidad son solitarias y misteriosas durante la noche. La vía de San Bernardo, el barrio latino matritense, hierve de borrachos, de golfas... Sus cafetines vierten la luz roja de sus vidrieras sobre las aceras oscuras. Las pianolas, cantan sin espíritu, aceleradas, pedazos de viéjas músicas. Hay una animación estridente, desgarrada de blasfemias, de canciones soeces, de aullidos de beodos. En las calles inmediatas, un silencio provinciano, una soledad sedante... Ella elige estas callejuelas por donde pasan escasos transeuntes. A veces, parece que surge del jardín negro, perfumado, misterioso, de la Universidad. A la luz de los faroles, conserva un encanto misterioso de otra época.

Entre la penumbra fulgen sus ojos verdes, como dos esmeraldas diabólicas. Parece que tienen una rara belleza, a lo lejos. De cerca, son como dos porcelanas alucinantes, vítreas, tremendas de expresión, como iluminadas por un indescriptible fulgor de vesania. Brillan a la luz verdosa de los faroles, sobre un rostro correcto de línea, ni joven, ni viejo, ambiguo, con algo de careta enrojecida. La ramera misteriosa es una mujer otoñal, que atrae a distancia. El que la ve se acerca, presintiendo algo extraño. Es espantosa verdaderamente, pero tiene a go... Es una sombra de distinción, un vestigio de belleza. ¿A quién se parece la ramera misteriosa? Vagamente, con su cabello tan rubio y su elegancia en decadencia, recuerda el rostro de aquella regia caprichosa que se llamó María Luisa de Parma. Sí, es una caricatura, agrandado en su horror grotesco por la noche, de la la amazona de Goya. Arrastrado por escalofriantes círculos alucinatorios, he llegado a pensar en una vitalización absurda de la reina sensual y voraz, de la insaciable princesa que atrajo a su lecho suntuoso a los más gallardos guardias de corps para devorarlos en las hogueras de sus caprichos. ¿Es el espectro lascivo y grotesco de vejez de María Luisa el que me asalta por las noches, en la sombría plazoleta de las Comendadoras o en la encrucijada de Santa Margarita? ¿Por qué huye de la luz y de la compañía de las otras rameras alegres, vulgares, risoteras de la calle de San Bernardo? Más que una mujer real parece una sombra galvanizada por lujurias inextinguibles. No llama a los hombres; se ofrece muda, con una sonrisa entre macabra y de buen tono. De su manteleta de mustios encajes surgen sus manos, finas, donde brillan algunas joyas.

Una noche tuve más irresistible la tentación de hablarla. Su aroma me sobrecogió. Parecía que al excesivo olor de perfumería se mezclaba una emanación personal que acaso fuese el hálito de su boca. Era una sensación punzante de tierra fúnebre o de cadaverina mezclada con agua de colonia y olor de flores. Me hizo una reverencia de rigodón, su sonrisa dejó ver una dentadura rutilante, levemente azulada.

—¡Te estaba esperando! ¿Por qué has tardado tanto en venir?

Si la Muerte habla a sus amantes, debe tener su extraña voz y acaso les diga las mismas palabras.

—He dudado mucho antes de decidirme. Muchos años tal vez. Yo he sido muy hermosa. ¿Aun te gusto, verdad? Vivía en el retiro honesto, de mis mayores, bordando tras la vidriera, abrasándome de noche en mis ardores de doncella. ¿Cuántos años estuve así?... No recuerdo... Veinte años, quizás más aún...

Con voz rota, incoherente, pero no exenta de cierta suavidad, me iba contando su vida. En las furias sensuales insaciadas y también cuando el antiguo fausto se extinguió y vino la grotesca pobreza, ella pensó en echarse a la calle en busca de un amante. El decoro de su buen nombre la detuvo... Ahora ya no había otro remedio. Lo confesaba con vergüenza; más que el amor buscaba a un caballero de elevada posición económica, porque ella no se entregaría por unos miserables miles de pesetas. No; ella quería volver a ser lo que fué.

Amaba el lujo, las joyas, el confort, los carruajes charolados con un escudo en la portezuela. Acallado su sueño megalómano, su furia ninfomaníaca crecía.

—Pero tú serás mi amante de corazón. Te abriré la puerta del jardín.



—Nenita, cuélgate de mi brazo y te llevo al baile.
—¡Ay, hijo! Me dan miedo los hombres tan bien armados.
Dibujo de ROLDAN.

La vanidad femenina tiene casi siempre ese pequeño secreto inconfesable.

—¡Oh, si yo me decidiera a ser mala!

Esa vanidad, que no envejece, sueña que su hechizo personal puede cautivar a algún príncipe o algún nabab. Muchas veces habréis oído esta exclamación en labios de alguna que, si fué hermosa, ya tiene en su escultura las huellas, tan poco galantes, del tiempo.

La loca ramera misteriosa os aguarda en las sombras de las calles del matritense barrio latino. Es una extraña ramera, que acaso conserve intacta su vetusta virginidad. Anima la pena de la noche, sombra de una vieja galantería, caricatura de la reina cortesana, su figura ambigua se pasa todas la noches en las sombrías encrucijadas, al margen de la gran rua donde gritan los beodos, cantan las otras rameras y vierten su luz y sus músicas los pequeños cafés, en un ambiente donde se masca el crimen absurdo, el asesinato sin causa... y donde flotan terribles larvas de la más triste lujuria.

NATURALEZA..., POR ALBERTO VALERO MARTIN



—Esta misma tarde rompo con Albertina.
—¡Que te crees que vas a romper! Con Albertina no rompes nada.

Dibujo de LINAJE.

En los prados, exuberantes de verdura, mugían los toros jóvenes tras las novillas de ancas redondas y relucientes. Triunfaba la alegría epitalámica de los ruiseñores en los nidos calientes, bien ocultos en las ramas copudas de los árboles. Sobre los trigales tostados y maduros, en graciosos vuelos de amor, perseguían a las palomas los palomos, abrasados en el ímpetu del celo. En torno de su hembra, abría un pavo real la fastuosa magnificencia de su cola, como un manto de corte, cuajadas en las sedas las pedrerías...

Pasaba lenta y rumorosa la clara corriente del río, con una pereza rítmica y sensual, y en su transparente fondo reflejábanse la alegría azul del cielo y el gozo reverdecido de las márgenes.

De las eras distantes llegaban las coplas de los gañanes fornidos y las risas de las mozas pletóricas...

En el molino blanco y crujiente, cantaba la piedra molinera su canción de brega y de amor, como una oración gozosa a la rubia abundancia de la mies y una briosa oración a la fecundidad de la tierra, que estallaba en gérmenes de vida pujante y recia, siempre gestando y siempre renovada...

Era un mediodía de Junio luminoso y ardoroso. Alentaba fuego el vientre de la tierra y, al encendido beso del sol, parecía hinchado y estremecido...

Como microscópicos relámpagos de oro, desaparecían y volvían a aparecer voladores insectos que se perseguían amorosamente entre los zig-zageos destellantes de los vivos juegos de luz. Eran tal que átomos de aquel grande y único amor que lo aunaba todo: las hojas en las ramas de los árboles, las espigas en el trigal, las aves en el viento, los brutos en los prados, las criaturas en las eras, y las arenas en el fondo del río...

Dentro del molino, sobre un rústico montón de trigo fragante y áureo, adormecíase perezosa y voluptuosamente Ana María, moza robusta y quinceña, hija de los molineros.

Sus padres habían salido de mañanita para la ciudad, distante unos kilómetros, a prorrogar el contrato de arriendo del molino.

Ana María había quedado sola con Juan Antonio, un chicarrón como de veinte años, recio y alegre, que era primo suyo y que con ellos vivía entregado al trajín de la molienda.

A la sazón habían terminado su yantar del mediodía, y la moza recostóse en el montón de aquel trigo dorado y bien oliente, mientras Juan Antonio «echaba» un cigarro bajo el umbral.

Caía el sol a plomo, rojo y terrible, y el zagalote, sintiendo envidia de aquel placentero sosiego de la moza, fuése también hacia donde ella estaba y echóse perezosamente.

Entreabrió Ana María sus hermosos ojos, mas no cambió el abandono delicioso de su postura... Juan Antonio la miró con un mirar incendiado y profundo... Tenía la moza trenzados los brazos por debajo de la nuca, y en la graciosa violencia de la actitud habíasele bajado el corpiño hasta dejar descubierto el nacimiento rotundo de sus pechos, que eran también perfumados y áureos como si hechos fuesen de aquel mismo trigo dorado, fresco y fragante.

Juan Antonio contempló largamente a la moza, que le sonreía sin querer, y extendiendo irremediablemente los brazos asióla con vehemencia y la atrajo a sí... Ella quiso gritar y no pudo. El no quiso besarla, y la besó rabiosamente en los ojos y en la boca...

Todo el sol, toda la fecundidad, todo el ritmo gigante de la naturaleza, pareció que ardía en la sangre de los mozos...

Juan Antonio acariciaba el cuerpo garridísimo de Ana María, y ahora mostrábanse enteros, redondos y desnudos, los pechos fragantes de la moza, por el deseo y el placer estremecidos...

Hundiéronse más y más en el trigo oloroso y amontonado, en la rabiosa pelea del amor, y un grito de la moza, un grito que no se sabría si era de dolor o de placer, cruzó el umbral del molino y salió hasta el campo, perdiéndose bajo la lujuria del sol, sobre la tierra estallante de sensualidad, confundiéndose con el canto de un gallo que daba al viento su clarín, como un vítor al amor, a la fecundidad, y a la naturaleza...

Alberto Valero Martín